

# Of mice and girls

Ignacio Padilla

*Autor de libros como La gruta del Toscano, Amphytrion y La catedral de los ahogados, entre otros, Ignacio Padilla se ha lanzado a explorar un universo narrativo original y propio. Este cuento forma parte del libro El androide y las quimeras, que a su vez es parte de la tetralogía Micropaedia.*

Nada me gustaría más que recordar Pigalle como si nunca hubiese vivido ahí, como si todo en aquel barrio lúbrico e intranquilo hubiese desfilado ante el hombre que no fui entonces pero que secretamente ansiaba ser: un nómada hechizo, un turista lascivo, armado siempre con una cámara fotográfica y los bolsillos henchidos de dinero para prodigarlos entre una multitud de descastados que con el tiempo se convirtieron en mis vecinos, mis amigos o incluso mis amantes. A muchos de ellos los veía por la noche convertidos en reinas de la penumbra citadina y los hallaba al día siguiente en su implacable realidad de tornaboda: desmaquillados, ojerosos, curando su ejercicio de vampiros en *La Sirene*, un cafetín de mala sombra regentado por un inmenso gascón llamado Armagnac a quien todos apodaban crípticamente Deux Mains. Con semejante clientela, no era raro que aquel sitio fuese escenario de todo tipo de escándalos, interrogatorios y registros policíacos que acababan siempre con un cierre que duraba apenas dos días. Al tercer día, el implacable y robusto Deux Mains resucitaba de entre los presos para albergar de nuevo a su cohorte de putas, *dealers*, chulos y travestidos que acudían a *La Sirene* con una asiduidad tan sospechosa como la expedita liberación de su dueño.

No es que mis ingresos de aquellos tiempos diesen siquiera para autorizarme como un cliente más de *La Sirene*. Ocurre sólo que el selecto establecimiento de

Deux Mains era lo único visible desde la ventanilla que iluminaba precariamente la sórdida *chambre de bonne* en la que entonces me tocó vivir. Un boliviano del Taller de Dibujo Publicitario me había convencido en mala hora de mudarme ahí con el seductor argumento de que una renta así, hermano, no se encuentra en este distrito desde que Napoleón era artillero.

Si el tipo sabía en qué suerte de agujero me estaba metiendo, es algo que prefiero no preguntarme. Apenas sé decir que me habían bastado dos llamadas para instalarme ahí y escasas cinco noches para arrepentirme en vano de haberlo hecho. De cualquier modo, a aquellas alturas mi historial de malviviente parisino me había enseñado que toda renta compatible con mis ingresos y mi inestable situación migratoria debía considerarse como una siniestra bendición, algo así como una apuesta mensual en favor de mi resistencia a los insectos domésticos, las goteras y el frío. Demasiado pronto comprendí que aquel cuarto en Pigalle no sería la excepción a esta regla, pero igual me resigné a quedarme ahí escudado cobardemente en el mito de que las penurias padecidas en suelo europeo eran directamente proporcionales al futuro éxito de todo artista de renombre.

Quiere esa misma tradición que me detenga ahora en el sórdido anecdotario de mi vida en aquel cuarto de la calle Jean Baptiste Pigalle. Mas no pienso hacerlo. Creo



E. Atget, *Convent des Carmelites, St. Denis*



E. Atget, *sin título*

que mi temprana renuncia a los espejismos de la vida a rústica me exenta de alimentar su aberrante mitología. Los años, la abulia y el fracaso me han vuelto más afecto a olvidar que a relatar aquellos años por los que hoy sólo alcanzo a sentir rabia y vergüenza. Si he mencionado de pasada las circunstancias que me lleva ron a vivir en esa cueva, es porque en cierta forma dibujan el estado de ánimo en que entonces me hallaba y en cierto modo justifican mi indiscreto papel de observador de la debacle definitiva de *La Sirene*.

Hace unos meses volví a ver al boliviano que tuvo a bien colocarme en el cuarto de Pigalle. Para mi humillación, Edmundo ahora no sólo se ha convertido en un célebre escritor, sino que es también un respetable profesor en cierta universidad americana. Confieso que mi intención original al verle fue la de reclamarle el flaco favor que alguna vez me hizo en París, pero al final sólo conseguí relatarle, casi con gratitud, el enigmático asunto de *La Sirene*. Mi antiguo camarada lo escuchó todo con atención culpable y finalmente, como si mi estrambótico relato fuese la cosa más transparente del mundo, sentenció que algunos de los horrores más trepidantes nacen de ligerísimas transmutaciones de lo cotidiano. La realidad, añadió, es en sí misma perturbadora, pero esto sólo podemos descubrirlo merced a ciertos cambios de perspectiva. La mente nos protege de la realidad, pero el ángulo del horror se encuentra siempre a escasos grados de nuestra rutina, aguardando el momento en que algo o alguien nos empujen de golpe a verlo todo desde una dimensión distinta, desde ese punto secreto en el que de pronto ha ocurrido una inversión acaso mínima, acaso risible, que sin embargo termina por exhibir una verdad inquietante.

Más que un descubrimiento, escuchar aquello fue para mí la confirmación tardía de que yo mismo había estado cerca de descubrir el ángulo del horror en mi habitación de Pigalle. Pero fue también, y sobre todo, el anuncio de que Edmundo no tardaría en desentrañar un enigma que llevaba varios años envenenándome el alma. De pronto me quedó claro que sólo él podría explicar con detalle la iluminación que el infausto Deux Mains debió tener el día en que decidió cambiar el giro de *La Sirene*. Un guiño y tres palabras le habían bastado a mi antiguo colega para convencerme de que también los hombres perversos tienen a veces fogonazos de genio, y que el inno- ble Deux Mains era la prueba viviente de ello.

A medida que avanzaba mi charla con Edmundo, ya no me costó ningún esfuerzo imaginar al delincuente gascón en una tarde de tantas, alcoholizado en un rincón de *La Sirene*, o mejor, vigilante y vigilado en una celda de la penitenciaría local, una celda demasiado conocida para él pero que de pronto ya no está dispuesto a volver a visitar por los motivos de siempre. Veo a Deux Mains harto, aburrido, cansado. En su cabeza no marea el arrepentimiento, sino una mezcla de tedio con la necesidad imperiosa de hacer algo distinto, de ofrecer a los asépticos turistas de Pigalle algo que no repita los manidos y estúpidos esquemas de la sensualidad y el escándalo, esquemas que a esas alturas no escandalizan a nadie ni merecen que uno termine encarcelado por ellos. Esto y no otra cosa es lo que de pronto permite al gascón comprender que no se trata de llevar las cosas al extremo, sino enrarecerlas el mínimo necesario para ubicarlas en ese punto del que Edmundo me hablará años más tarde: el ángulo del horror, el horizonte exacto para la contem-

## En ese tiempo me dediqué en vano a tratar de encajar las piezas que me permitieran construir verosímilmente la escena que tenía lugar dentro de *La Sirene* entre las doce y la una.

plación de lo siniestro. En su encierro, Deux Mains lo ha comprendido y no dejará pasar un instante sin dedicar toda su energía a ejecutar su transgresión de las fronteras apacibles de lo cierto.

Poco tardó Deux Mains en maquinarse los términos en que había de dar forma a su iluminación, pues de repente estaba ya apostado en el umbral de *La Sirene*, no de noche ni a esas horas sin reloj en que los voyeuristas buscan el consuelo de un *peep hole* o una triste sala de cine porno, sino a plena luz del día, ufano, vigilante, aguardando con una impaciencia que desde el primer momento imaginé tan inusual como su aspecto. No es que el gigante hubiera cambiado de manera visible. Era más bien como si su mera exposición al sol de mediodía fuese una suerte de trifulca privada, una provocación, un anuncio. Para entonces mi persistente observación por la mirilla de mi cuarto me había entrenado para reparar en ese tipo de sutilezas. Aún no estaba en condiciones de saber qué era exactamente lo que había cambiado en el sujeto de mi espionaje, pero mi idea de que algo excepcional iba a ocurrir en *La Sirene* no tardó en ser confirmada por la paulatina irrupción en escena de las nuevas empleadas de Deux Mains y, días más tarde, de sus efímeros aunque entusiastas clientes.

La primera mujer llegó veinte minutos antes de las doce. Sobre su tenue aprehensión se imponía un mohín de hastío que sin embargo era distinto del que marcaba siempre el rostro de las prostitutas con las que solía tratar Deux Mains. Su hartazgo era distinto, doméstico, resueltamente acorde con su aspecto de ama de casa exasperada por el llanto de un niño que quizás acababa de dejar en la escuela o por el recuerdo de una montaña de platos sucios que seguramente le esperaban a la vuelta. Aun en esas horas de la mañana, su irrupción en Pigalle era aberrante, una excentricidad atenuada por contraste con la marea de vagabundos y travestidos desvelados que la vieron pasar entre burlones y molestos. Deux Mains, por su parte, recibió a la mujer con entusiasmo, puso las manos sobre sus hombros y la contempló de pies a cabeza con la dicha de quien acaba de encontrar una joya preciosa en el fango. Su alegría era tan estridente que parecía burlesca. Por un momento pensé que el gascón no tardaría en decepcionarse y despedir a la pobre protagonista de aquella breve y callejera entrevista de trabajo. Me equivocaba: al terminar su inspección, Deux Mains se

limitó a pedir a la mujer que se recogiese el pelo y le pidió galantemente que pasara al interior del café.

La segunda mujer no era muy distinta de la otra, aunque esta vez Deux Mains fue más estricto con sus observaciones. Si bien no dejó de mostrar entusiasmo ante el aspecto de la dama, el gascón extrajo un pañuelo de sus bolsillos y se lo extendió con la atenta súplica de que se quitara con ella el poco lápiz labial y el discreto maquillaje que sonrojaba sus mejillas. La mujer protestó tímidamente, pero Deux Mains la reconvino con paciencia hasta que ella, sumisa y comprensiva, accedió a limpiarse el rostro para entrar luego en el café, de donde sólo salió dos horas más tarde con la prisa de quien sabe que se le ha hecho tarde para limpiar la casa o preparar la comida.

Aquella semana las visitas se repitieron y el número de mujeres creció hasta que fueron cinco o seis las que sumaron el contingente laboral de *La Sirene*. Siempre a mediodía, siempre escandalosamente cotidianas y nunca sensiblemente hermosas, bajaban solas o en pareja desde la estación del metro y caminaban sin prisa ni pudor hasta los brazos del gascón, quien terminó por aprobar-



E. Atget, *Rue de la Reynée*

las siempre con el orgullo de un maestro de escuela. Y en la misma medida en que aumentó el número de aquellas mujeres, los habituales del café desaparecieron como si el propio Deux Mains los hubiese ahuyentado de ahí. De esta suerte *La Sirene* se transformó de pronto en un desolado cafetín donde todo parecía dispuesto para que pasara inadvertido o para que nadie sino yo notase que estaba por transformarse en otra cosa.

Cuando al fin llegaron los primeros clientes de Deux Mains, los vapores de mi imaginación, menos truculentos y más ordinarios de lo que pensaba, me apresuraron a concluir que el gascón había resuelto ofrecer a la clientela de Pigalle los servicios sexuales de auténticas amas de casa hambrientas de sexo y desafuero. Los signos, pensaba yo, no podían ser más claros: el aspecto esmeradamente doméstico de las mujeres, el disonante horario del servicio y el sigilo casi artificioso con que se efectuaba aquel comercio, eran para mí claros indicios de la naturaleza del nuevo negocio de Deux Mains. Es verdad que en ese entonces aquella oferta era más apetecible y menos frecuente que ahora, pero igual no pude dejar de sentirme un poco decepcionado por la explicación que yo mismo me empeñaba en dar a los esfuerzos del gascón.

No sé ya si por fortuna o por desgracia, mi desilusión se convirtió en curiosidad patológica cuando observé con más atención las condiciones en que los selectos huéspedes de Deux Mains abandonaban *La Sirene* al cabo de una o dos horas. Descompuestos, lívidos, balbuceando desazón en todos los idiomas de la tierra, los hombres que asistían a aquellas sesiones dejaban el café como quien baja de un avión que ha estado a punto de estrellarse luego

de un titubeo lo bastante largo para confesarse ante Dios y acabar por maldecirlo. Más que físico, su daño era evidentemente anímico y seguramente irreversible.

Por si esto no bastara para desmadejar mis sospechas, a la desolación de aquellos caballeros tuve que agregar más tarde el asunto de las jaulas. Cada dos o tres noches, cuando Deux Mains había cerrado ya el café, un hombre menudo y turbio estacionaba en plena calle un viejo Peugeot y depositaba en el umbral de *La Sirene* dos o tres jaulas diminutas que al principio pensé que contenían pájaros, pero que más adelante descubrí llenas de inquietos ratones. Luego de depositarlas con prisa, el mensajero se marchaba sin esperar a que Deux Mains abriese la puerta del café y desapareciese luego de mi vista con su extraño cargamento de roedores en los brazos.

Debió ser en una de esas furtivas entregas cuando sentí que el gascón me había descubierto. Desde luego, siempre tuve el cuidado de simular mi observación, pero aquel hombre, estoy seguro, tenía ese olfato casi animal que caracteriza a los eternos infractores de la ley. Aun no sabría decir si esa noche el gascón supo que alguien había estado observándolo, pero bastó que su mirada se detuviese un segundo en la mía para que renunciara a mi personal voyeurismo por espacio de una semana.

En ese tiempo me dediqué en vano a tratar de encajar las piezas que me permitieran construir verosímelmente la escena que tenía lugar dentro de *La Sirene* entre las doce y la una. Con espanto y avidez, me esforcé de veras por dibujar las historias más extravagantes sin que ninguna de ellas fuera suficiente para justificar la devastación que reflejaban los visitantes del café, nunca demasiados,



E. Atget, *Vieille Maison*, Abbeville

E. Atget, *Cour Saint Gervais et Protais*E. Atget, *Vieille Rue, Bagneux*

nunca reincidentes, pero siempre al parecer dispuestos a pagar lo que fuera por la aniquilación que les esperaba.

La única certeza que entonces fui capaz de obtener fue que aquel asunto tendría que terminar muy pronto y de la peor manera posible. Supongo ahora que el propio Deux Mains estaba convencido de ello, aunque el hecho le importase muy poco. El notable éxito de su empresa parecía inquietarle menos que su singular manera de haber tentado a la suerte infringiendo no sólo las leyes humanas, que ya no le imponían ningún respeto, sino una frontera mucho más trascendente, un límite de cuya perversión estaba orgulloso, y tanto, que secretamente esperaba por ello un reconocimiento, así fuera en la muerte o en el escándalo.

Aquella mezcla de premio esperado y castigo merecido llegó para Deux Mains a principios de invierno, en esos días en que la oscuridad se desploma sobre todos y arrasa las horas de luz sin advertencia ni posibilidad de negociación. Esa tarde, mis votos por no asomarme a la mirilla fueron rotos por el invitante escándalo de una ambulancia detenida al otro lado de la calle. Convencido de que ahora no sería yo el único curioso que perturbase el olfato del gascón, busqué la mirilla y vi cómo sacaban de *La Sirene* el cuerpo exánime de un desbaratado caballero japonés. Junto a la ambulancia había una patrulla donde otro oriental discutía a gritos con un policía que en vano intentaba tranquilizarlo. El fognazo de una cámara fotográfica condujo de pronto mi atención a la entrada del café, de donde vi salir a Deux Mains con las manos esposadas y la cabeza erguida. Detrás de él, también esposadas aunque menos altaneras, salieron dos mujeres perfectamente ataviadas en su domesticidad y, al fi-

nal, un segundo y desconcertado policía que llevaba en las manos un voluminoso cesto de basura cuyo interior fue también fotografiado por el ávido dueño de la cámara.

El epílogo de este desbarajuste, tal como años más tarde se lo contaría a mi amigo Edmundo, no parece menos enigmático que el relato de los preparativos, ejecución y final de la empresa de Deux Main. Al día siguiente de la escena que he contado, algún diario amarillista publicó la noticia de la clausura de cierto café en Pigalle donde se montaba con mujeres y roedores un infamante espectáculo cuyos detalles eran aún desconocidos. Llamaba sin embargo la atención que la denuncia de aquel crimen hubiese venido de una turbia sociedad fascista que, entre otras cosas, abanderaba no sé qué causa ecológica y argumentaba que los roedores habían sido objeto de indecibles torturas psicológicas, todo ello para deleite de los turistas que los contemplaban desde un incómodo *peep hole* perforado en el perfecto simulacro de una cocina. Nada decía la nota sobre la función que debían tener las mujeres en este perturbador espectáculo. Años más tarde, sin embargo, al escuchar este curioso colofón, Edmundo sonrió como si acabara de entregarle un libro abierto, impartió su breve cátedra sobre el ángulo del horror y me pidió que imaginara por un instante la escena de una mujer que friega con indiferencia una montaña de platos sucios mientras un roedor agoniza de terror en el ángulo más remoto de la habitación. La escena al principio me pareció graciosa, pero debo confesar que ahora, cuando la invoco más de lo debido o en circunstancias determinadas, me provoca una mezcla de repugnancia y fascinación que nunca he conseguido soportar por más de media hora. **U**